

EL SALOMON

10 cts

Garrasco

A LOS COSECHEROS Y COMERCIANTES EN VINOS



PARA CONSERVAR Y MEJORAR LOS VINOS SIN EMPLEAR ALCOHOL, YESO NI OTRAS DROGAS

El vino con **ENOSÓTERO**, jamás se vuelve àgrio y siempre mejora

EL ENOSÓTERO es el único que merece el nombre de conservador de los vinos; obra en pequeña cantidad, es de fácil empleo, mejora toda clase de vinos, es económico, inofensivo y puede emplearse en todo tiempo.

◆◆ Pedid prospectos ◆ Se remiten á todas partes ◆◆

PRINCIPALES DEPOSITARIOS

Alicante: Torras y Uriarte.
Almería: Abad y Fernández.
Albacete: Nieto y Ferrer.
Benicarló: José Montía.
Cervera: José Tarruell.
Cádiz: Matute, hermanos.
Ciudad Real: Ceferino Sauco.
Castellón: Manuel Ferrer.
Córdoba: Marquez y Urbano.
Granada: Doroteo Gonzalo.
Haro: Juan Baltanas.
Jaen: R. de la Higuera.
Jerez: Andrés Barrero.
Lérida: Planas, hermanos.
Logroño: Sanchez e Hijo.

Málaga: Juan Bta. Canales.
Madrid: C. Gutiérrez.
Palencia: Fuentes Aspurz.
Reus: Francisco Freix.
Sevilla: Antonio Jiménez.
Salamanca: Santiago Fuentes.
Tortosa: E. Carpa.
Tarragona: D. Virgili.
Teruel: E. Soriano.
Vinaroz: M. Esteller.
Valencia: Hijos de Blas Cuesta.
Valdepeñas: Nuñez y C.^a
Valladolid: Ferrés y C.^a
Villafranca: P. Balaguer.
Zaragoza: Viuda de R. Jordán.



Botes de 1 kilo para 20 hectó-
litros de vino DIEZ pesetas

REPRESENTANTES

J. URIACH Y C.^A

MONCADA, 20

BARCELONA





SE PUBLICA LOS SABADOS

Director Literario:
Julio Víctor Tomey

Director Artístico:
José Carrasco

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ronda de San Pablo, 39, 2.º—Barcelona

AL LEVANTARSE



(Copia del cuadro de P. Carrier-Belleuse)

angélicos que pa-
 ra el espectáculo.
 Así en nuestro
 planes por todos
 países se dan mu-
 sicas y se visita

PRELUDIO



A verbena de San Pedro, ha pasado con toda tranquilidad, lo mismo que la

huelga de los telegrafistas.

Todo pasa en el mundo fugazmente, así la juventud como el dolor de muelas; tanto los malos gobiernos como las pesetas falsas.

Yo sé de una que me la han dado ya dos veces en el tramwía. Parece como que me tiene cariño. Tanto es así que espero me la den por tercera vez y entonces... ¡oh! entonces mi venganza será horrible; ó la tomaré ó se la arrojaré de cara al cobrador. Pero en ambos casos gritaré con todas mis fuerzas pidiendo la abolición de los cobradores de tramwías y hasta la del billeteaje, ó lo que aun será peor, para mí, por supuesto; tomaré la heroica resolución de caminar á pie siempre.

¡Qué noche aquella la de la verbena de San Pedro! El pobre señor dejó las llaves á un compañero para descansar algunas horas. Mas no pudo conciliar el sueño. Tal era el ruido que provenía de la tierra y tal el run run producido por los memoriales que á granel le echaban por bajo de la puerta los angelitos que para él los recibían.

Acá en nuestro planeta por todas partes se oían músicas y se veían



beodos y tortas y frutas del tiempo, y retumbantes cohetes y se improvisaban bailecitos y se declaraba en ellos el amor libre.

Quiero decir que los donceles de corazón quebradizo se permitían comunicar su honda pasión á sus parejas respectivas.

Algunas aceptaban esta pasión como buena. Otras, en cambio, torcían el labio como diciendo: «no te untes».

Porque también hay pasiones falsas, como la peseta de que he tenido el honor de hablar á ustedes.

El calor va haciendo de las suyas. Comienzan á abandonarnos las personas pudientes, en busca de aires y de impresiones más fuertes.

Algunas horizontales, que por falta

de fondos no pueden salir de las poblaciones calurosas, lucen sus escotes en los teatros, como diciendo:

—¿No hay por ahí algún chico de buen gusto que envíe á remojarse estas carnes á San



Sebastián ó á Biarritz?

Pero los hombres se contentan con mirar y no pasan de ahí.

Porque los *primos* va siendo más raro cada día, y hasta creo que este género está llamado á desaparecer, como la forma poética.

JULIO VICTOR TOMEY.





Has llaves del Paraíso.

Morena, hace pocas tardes
iba yo por un camino
pensando en tí, porque tuyos
son los pensamientos míos.
Sin cuidarme de la tierra,
caminaba distraído
fija la vista en el cielo,
que en él tu retrato miro,
cuando súbito en la altura
veo un resplandor rojizo
y una nube que descende
esparciendo extraño brillo.
Llegó la nube á la tierra,
quedó anclada en unos riscos
y ví que de ella bajaba
un trémulo viejecito.
En su báculo apoyándose
y en tierra los ojos fijos,
como quien anda buscando,
despacio hacia mí se vino.
Llegueme á él y le dije
con respeto y con cariño:
—Diga, si puede saberse,
qué busca el buen abuelito.
Si quiere yo he de ayudarle
porque conozco estos sitios
y es entre los dos más facil
que demos con lo perdido.
El abuelo dijo entonces:
—Pues, vaya, acepto tu auxilio
y me harás un gran favor,
porque estoy en un conflicto.
Has de saber que yo soy
San Pedro, San Pedro mismo,

y he descendido á la tierra
por el siguiente motivo:
Estaba hace pocas tardes
descuidado y distraído
tomando el fresco, á la puerta
del cielo, como un bendito.
Déjeme el portón abierto,
y aprovechando el descuido
mi gallo estuvo atisbando
y se me escapó el muy pícaro.
Quise cogerlo, mas como
llevo encima tantos siglos,
por muy de prisa que fuera
me era imposible seguirlo.
Resuelvo dejarlo, vuelvo
al cielo, echo mano al cinto
y me encuentro sin las llaves
que siempre llevo conmigo.
Ya ves tú que ahora, dejando
la puerta abierta, de fijo
se me va á llenar la casa
de bribones y de pillos.
Por eso bajo del cielo
anhelante é intranquilo,
para ver si por acaso
por aquí se me han caído.
En esto, morena mía,
mirándome de hito en hito,
vió las llaves de tu casa
asomar por mi bolsillo.
Cogiólas, volvió á la nube
y remontándose, dijo:
—Gracias á Dios que ya tengo
las llaves del Paraíso.

José ESTREMERÁ.



UN GRANUJA



I

ese, á ese, sujetadle, ladrón, mala pécora!— gritaban más de cien personas, produciendo un estruendo espantoso.

Mientras tanto corría á más no poder un chiquillo, tan ligero como la liebre que se ve perseguida. Para salvar la distancia no le estorbaban los zapatos. Sus pies desnudos, acostumbrados á las caricias de los guijarros, endurecidos por las costras que el aire, la humedad y el polvo iban formando sobre la curtida piel, saltaban con facilidad suma, sin que les detuviesen las escabrosidades del mal empedrado. Tan ligero iba de ropas como de calzado. La cabeza al aire, adornada de una inmensa maraña de crespos cabellos, que jamás habían conocido la protectora compostura del peine. Algunos guiñapos, en los cuales no hubiera sido fácil guardar un céntimo de cominos, tantas y tan grandes eran sus celosías, hacían el mismo oficio del varillaje de abanico que cuando abierto lo aplica á su rostro una dama, y lo tapa dejándolo descubierta. De este modo muchos infelices van vestidos, sin dejar de estar desnudos.

—¡A ese, á ese que ha robado...!

—¿Un queso?—preguntó con marcada flema un transeunte satírico perteneciente al número de los que pensando en la frecuencia con que quedan impunes los robos grandes, no se indignan cuando tropiezan con un robo chico.

—No ha robado un queso,—replicóle enojado el fogoso perseguidor, á quien el burlón dirigiera la pregunta.—No ha robado un queso; pero ese granuja se lleva, contra la voluntad de su dueño, un puñado de higos.

—¡Oh!

II

Mientras tanto el raterillo seguía jadeante, conociendo que se agotaban sus escasas fuerzas, zumbándole los oídos, casi ya sin alientos para escapar de la jauría humana que iba á sus alcances. El clamor crecía por momentos. La liebre sentíase acorralada, y en este difícil trance en que el instinto de conservación aumenta en todos los animales, aunque sean superiores en categoría al mono, el granujilla redoblaba los ímpetus de su veloz carrera, respirando fatigosamente, sin fuerza ya para resistir más tiempo. Por el camino había ido arrojando el cuerpo del delito, los higos tentadores, como un buque tira al agua su carga cuando arrecia el temporal. Y cuentan las crónicas que algunos de los que corrían detrás con más empeño, detuviéronse para coger los higos, echárselos á la boca y después de paladear el dulce de esa sabrosa fruta seca seguir gritando contra el ladrón á quien debían el obsequio.

Al fin la jauría detuvo al chicuelo. Quinientas personas sudorosas y jadeantes pudieron celebrar su victoria, después de haber desempedrado con sus honrados talones varias calles y callejas hasta desembocar en la gran plaza donde se alzaba el palacio de los jueces, mostrando la severidad de la piedra, que más revela dureza que justicia. Con el mismo ademán de los antiguos patricios, después de haber salvado el imperio, presentaron el delincuente á los magistrados.

III

—¿Cuál es tu delito, muchacho?—preguntóle el representante de la justicia humana.

—¿No lo está viendo usía, señor? Mi delito es ser pobre. Fíjese usía en mis guiñapos y sabrá por qué me persiguen.—Y al decir esto el pilluelo, metió sus dedos por los agujeros mayores de sus rotos calzones, pareciéndose á

Diógenes cuando con tanto orgullo mostraba los boquetes de su capa.

—¿De qué te acusan?—exclamó con voz sepulcral el juez, encontrando poco adecuada la explicación del chico.

—Pues no me acusan á mí sino á la miseria en que vivo. Si en vez de ir descalzo tuviese lujoso coche, lejos de perseguirme las gentes recibiría sus saludos más respetuosos.

—Dicen que has robado. ¿Es verdad?

—Lo mismo aseguran que hacen gentes de muchas campanillas, y nadie se mete con ellas. Jamás han sido conducidas delante de la justicia para que se justifiquen.

—¿Dónde están los higos que has robado?

—Pregúntelo usía á mis perseguidores. Entre ellos han desaparecido; pero verá como ninguno se acusa de haberse aprovechado del robo.

—¿Quién es tu padre?

—No lo conocí jamás. Quizás sea alguno de esos señores que explotan la desgracia y luego la fustigan y encarcelan. Mi padre no se cuidó de mí, ni la justicia se ocupó nunca en castigar el abandono de mi madre. Así está el mundo.

—Tu conducta te hace acreedor á que te mandemos á la cárcel.

—Yo creí que era acreedor á que me envasen á la escuela, ó me recogiesen en un asilo. Sin duda esta clase de justicia no se la inspira á ustedes el Espíritu Santo.

IV

El pilluelo salió de allí á empujones. Cada vez que recibía algún porrazo exclamaba únicamente:—Los guiñapos atraen los puntapiés, como los pararrayos las chispas eléctricas.

Y luego, filosofando á su manera, siguió diciendo:

—Cuando algún niño de padres ricos roba un cortaplumas en la escuela, le cómpran otro mejor para que aprenda la moral prácticamente. Yo

he robado un puñado de higos y á nadie se le ocurre que para regenerarme sería conveniente empezar por darme pan.

—¡Diablo de muchacho!—exclamó refunfuñando uno de los jueces.

—Es la impiedad y el excepticismo de nuestro siglo, que asoma por su boca como las lombrices cuando se las atrae con el olor de la leche.—exclamó otro magistrado sentenciosamente.

—¡Demonio de muchacho! ¡Qué pronto ha cogido la enfermedad del siglo!

ANTONIO FERNÁNDEZ Y GARCÍA.

EN EL EDEN CONCERT



—Temo, hermosa, que ya no me quieras.

—Acabo de ganar mil duros á la ruleta y ya sabes el adagio: «Afortunado en el juego, desgraciado en amores.»

—Descuida, monín. Eso no reza conmigo.

—Por el contrario; cuanto más ganes más aumentará mi cariño. Yo soy tan rara...

Carta de Amor

Declaración muy formal
á su idolatrada prenda,
de *Fulanito de Tal*,
que aspira á quinto oficial
del Ministerio de Hacienda.

«Niña de mi corazón:
tu amor me roba la calma;
oye mi tierna pasión
y dame la *Dirección*
del *Tesoro* de tu alma.

Dame tu amante albedrío,
y en mi pecho, yo te fio
que estará tan rica alhaja
más segura que en la *Caja*
de *Depósitos*, bien mío.

Tu nombre escribo imprudente
en los *libros talonarios*,
y hace un mes próximamente
que te abrí *cuenta corriente*
en mis suspiros diarios.
Con un sí ya estoy contento
y á tu gusto me esclavizas.
Quiero el *pago* á mi tormento,
y te *extiendo el libramiento*
á ver si lo *formalizas*.

Salda esa deuda de amor,
ya que Amor es ciego y niño:
¡se lo pido por favor
al señor *ordenador*
de *pagos* de tu cariño!
Ser dueño de tu beldad:

ésa es mi ambición completa.
¡Dime que sí, por piedad,
y no me hagas que cometa
una irregularidad!

Rectas son mis intenciones,
pero en mis *liquidaciones*
crece el *haber* con furor
y no quiero que en mi amor
haya nunca *filtraciones*.

Ten al menos compasión
de mis súplicas dolientes.
¡No hagas con mi corazón
lo que hace el Ministro con
los pobres *contribuyentes!*

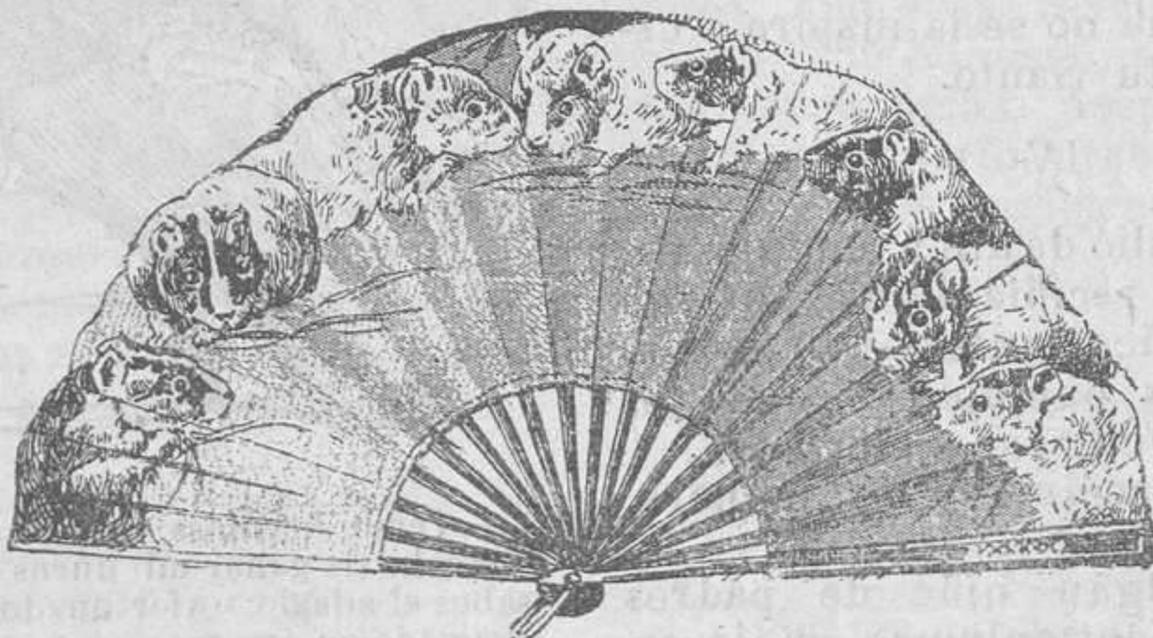
Aunque en *pública subasta*
se venden los corazones,
busco el tuyo, niña casta,
porque el que tengo no basta
á *cubrir mis atenciones*.

Con mi sueldo de *empleado*
no me encuentro muy sobrado.
Cifro en casarme mi edén,
porque me han asegurado
que tienes algo también.

Coche no me has de pedir,
ni lujo me has de exigir.
Juntando lo de los dos,
en paz y en gracia de Dios
tal vez logremos vivir.

Mi declaración leal
con tu voluntad consulta.
Echa *tu cuenta* formal,
y á ver lo que te resulta
del *balance general*.»

JOSÉ JACKSON VEYAN.



Lo que puede el amor fuerte

ó

LOS JÓVENES ATREVIDOS

Historia corta, pero interesante

POR

LEON FOGOSO

(Continuación)

¡Oh! Ya lo leerán Vds. si siguen.

Al fin murmuró dirigiéndose á Rupertto:

—Mire V., señora Brígida, aquí le entrego una llave; abra V. con ella la boardilla y déle esto á mi señorita, mientras yo voy á ver qué le ocurre al señor.

Dicho lo cual, se puso en camino hacia el segundo piso.

Rupertto viéndose dueño de la llave estuvo á punto de reventar de gozo. Penetró en la estancia, abrazó á su amada, y dispúsose á entrar con ella en explicaciones.

Mas aun no disipados los primeros trasportes de su alegría, se oyó un fuerte portazo y se distinguieron los pasos de D. Lesmes en la escalera.

—¡Santo cielo! ¿Qué va á ser de nosotros?—exclamó Juanita en actitud de tiple de ópera desconcertada—Escóndete pronto.

Rupertto fué á esconderse debajo de la cama, pero como no estaba acostumbrado á usar aquellos vestidos incómodos y como quiso hacerlo tan precipitadamente, notó que no cabía.

—Ya llega—profirió Juanita exaltada.—Vamos, escóndete.

—¿Pero, cómo?

—Ya está aquí.

Juanita tan aturdida como su amante, al ver la torpeza de éste, cerró la ventana y en cuanto su padre penetró allí huyó despavorida.

¿Dónde encaminaría sus pasos la fugitiva?

Por lo pronto, por la escalera abajo.

Más tarde... ¡qué caramba! ya lo diremos.

Gracias á la densa oscuridad en que la escalera se hallaba sumida, D. Lesmes no pudo reconocer á la niña é igualmente le pasaron otras cosas desapercibidas.

Tosió, pues, fuertemente, escupió á un lado y tomando de una mano á Rupertto, le habló ni más ni menos, en los siguientes términos:

—Señorita; ha transcurrido el plazo que la he concedido á V. para tomar una resolución. ¿Está V. dispuesta á olvidar á ese doncel que tantos disgustos me cuesta?

—No, señor,—murmuró la improvisada señorita en tono de tiple aguardentosa.

—Pues bien; á pesar de la ronquera que noto en su garganta, en este mismo momento, y tal como se halla, me seguirá, para ingresar de novicia en un convento.

—Bien.

—Pues, vamos andando.

Y el galante padre ofreció el brazo á Rupertto que se apoyó en él fuertemente.

—De nada te valdrá, hija mía, ese temblor nervioso que agita tu cuerpo.

Al llegar á la portería penetraron en un coche tirado por dos caballos, para que anduviera con doble velocidad que con uno.

Porque D. Rupertto, que hacía deducciones matemáticas de primera fuerza, quería acabar pronto.

El cochero arreó un latigazo á cada potro y éstos arrancaron al galope.

(Se continuará)





1.—Por el año de 1794 Lebussière (señor Vallés) antiguo comediante y á la sazón empleado en el Comité de Salud pública, Negociado de detenidos y otros, pescan honestamente barbos á la orilla del Sena, sirviéndoles de cebo bolitas de expediente, cuando aquél reconoce de pronto á su amigo Marcial (Sr. Guerra).



2.—Que es un bravo oficial de artillería cuya garganta pide pastillas Geraulden, lo que no obsta para que dé una regular lata á Labussière confesándole su pasión por la señorita Fabiana Lecoulteux (Sra. Tubau).



3.—A poco llegan las lavanderas, que son unas ciudadanas muy... ciudadanas. Entre ellas está Fabiana, á quien su novio reconoce salvándola de las iras de aquéllas, que querían tratarla como á una simple heroína de Zola.



4.—Lo que consigue gracias á una farjeta maravillosa de Lebussière, que posee el don de hacer temblar á las gentes.



5.—Y los guía hacia la casa de un demagogo furibundo diciéndo el militar á la niña cositas muy dulces por el camino, según adivinan los señores espectadores.



6.—Lo cual que, sin temor á lo que éstos dirán, la esposa niega el desayuno al demagogo para dárselo más tarde á sus huéspedes. Eso no está bien, pero ¡que quieren Vdes!



7.—Marcial protesta de la frialdad de su novia. Esta dice que creyéndole muerto se había hecho religiosa. Lebussière comprende que estorba y se va á la oficina á hacer el tonto, fijando tiempo para conquistar la plaza.



8.—¡Serás mía!—Soy de Dios.—Ya están abolidas las órdenes religiosas.—¿Y qué?—Que si.—Queno. La pasión vence y accede ella á casarse adelantando á cuenta algún cariñito á Marcial



9—El cual corre en busca de un notario. En tanto el demagogo hace prender á la monjita, mientras sus compañeras de claustro son conducidas al suplicio, por cuyo motivo cantan motetes mientras las turbas entonan la canción del terror, para que termine con decoro el acto 2.^o



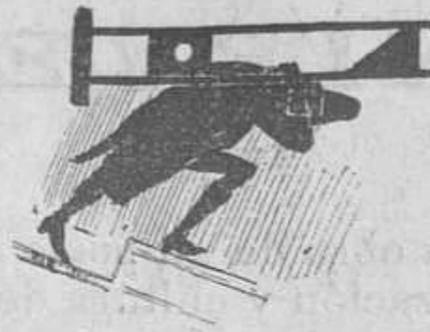
10—He aquí á Lebussière y á Marcial, en la oficina del primero, ideando un medio para salvar á Fabiana y armando un zafarrancho con todos los expedientes.



11—Hasta conseguir dar un cambiazo, lo que al militar le cuesta inmenso trabajo, porque el otro se defiende, aduciendo textos de Catón y Sócrates. Pero la oratoria del primero le subyuga y acaba por hacer lo que Pilatos.



12—Mientras que Robespierre, después de una sesión tumultuosa es conducido á la Conserjería.



13—Lo que indica que después de transportarse las últimas carretadas de condenados tendrán que retirar la guillotina para convertirla en leña. ¡Hay que ganar unas horas!



14—Vistoso desfile de los condenados que pasan como si tal cosa.



15—No nos desaires, Fabiana.—¿Yo en estado interesante? ¡Jamás!—¡Hazlo por mí!—¡Oh! mi honra es antes que mi vida.—Reflexiona... —¿Sabéis lo que os digo, mujeres? Que os equivocáis. Yo soy casta y pura y hasta monja, ¿sabéis? Y no gritéis de ese modo, que me duele la cabeza. ¡Al suplicio! Vamos andando. Adiós, amigos. Hasta otra representación



16—¡Miserables! ¡pillos! ¡ay! (Esto quiere decir que el bravo oficial muere como cualquier persona de las más vulgares.)

NIEVE

Si por la obra de un poeta se deduce la civilización y cultura del país en que ese poeta vive, hay que convenir en que en la actualidad, los últimos latidos del sentimiento, los chispazos más característicos de esta civilización *final de siglo*, en punto á arte poético castellano, vienen del lado de América donde se escribe y habla nuestra lengua. Me explicaré.

Existe en cada nación la literatura, que es producto espontáneo del temperamento *colectivo*, la que labra la tradición contribuyendo cada artista con su nota, literatura que puede llamarse típica de una raza; hay otra cuya vida parece haber brotado de los estremecimientos neuróticos del último cuarto de siglo, la cual no caracteriza á pueblo ninguno ni se sujeta al molde de la tradición ni da fisonomía á un pueblo determinado. Es una literatura completora de sensaciones de vida, audaz, atrevidísima, dislocada, con todas las grandezas é intuiciones del genio y también con todas sus caídas. Ese arte literario es cosmopolita, universal, hecho para paladares exquisitos y refinados.

Pueden decir en contra de él los clásicos de estrecho criterio, que ese arte se funda en la arbitrariedad de toda ley, en el desprecio de toda regla, y que es perjudicial y mal sano para las letras reposadas y patriarcales, para las que cultiva el académico en el plácido remanso de la vida, armado de paciencia, de buen gusto *externo*, de tranquilidad y beatitud, é insensible al grito que en estos momentos arroja la humanidad hondamente sacudida por medio de la novela, de la escultura, de la lira y del lienzo.

Esta literatura se produce en los pueblos de civilización muy adelantada; y España que tiene atrofia de nervios y de cerebro y que gusta más recordar su sol que no se ponía y los chafarotazos que dieron sus ejércitos

al mundo que meterse en el *drama* é ir con el alma á *toda llave*, no tiene ese arte subjetivo, genial, valiente, que desprecia lo moral por lo universal.

España, en este punto y en otros, está perfectamente condenada á *cocido* y á *oda*. Es una *burguesa* despistada que oye campanas sin saber dónde, y que cuando se le dice tonta, abre el arca roída dónde conserva su indumentaria pasada de moda, y dice: «ahí tenéis; asombráos.»

Claro es que nos asombramos, pero bueno es salir alguna vez de asombro, porque de la admiración perpétua puede pasarse al alelamiento y á la memez.

Encajo aquí este exordio, para demostrar con datos que Julián del Casal, poeta americano, cultiva la segunda de las dos literaturas retratadas: es un neurótico, un audaz, un hombre que, como diría cualquier clasicomaniaco, no tiene perdón de Dios.

Si uno de nuestros partidarios de la *oda* lee el libro *Nieve* del poeta de quien hablo, abre desmesuradamente los ojos, se palpa á ver si es el mismo de antes de empezar la lectura, estira la pata, y muere.

Y sin embargo, Casal es un poeta todo nervio, todo fantasía, todo resplandores vivísimos.

Es un temperamento metálico, fuerte, récio y á la vez dotado de esquisita elegancia.

Su libro *Nieve*, figúrasenos escrito á la luz violácea de un arco voltáico.

En algunas páginas, en no pocas, el endecasílabo está cincelado sobre el «marmol clásico,» pero sin vistas á Quintana.

Casal tiene su cincel, el suyo propio, y con él pone marca á sus obras.

Es una personalidad que ¡cosa rara! si aspira á cuajarse por completo, creo que debe de leer mucho á esos clásicos á quienes me figuro que odia: me refiero á los buenos escritores de nuestro siglo XVII, á los justamente gloriosos, á los que no puede pasar sin leerlos y estudiarlos el poeta joven que

METAMORFOSIS



aspire á ser escritor de raza con gusto acrisolado y levadura artística.

Casal posee una gran cultura, pero es cultura *cosmopolita* como su literatura. Sus poesías tienen algo de exposición universal, de cosa parisién, de obra hecha á la vista de la humanidad de ahora mismo.

Cierto que el buen Jerez, con ser bueno, de nada más necesita, pero si se le *educa* en la bota *clásica*, será mucho mejor. Además—y voy á echar todos los cargos por delante, para luego hartarme de miel—Casal tiene una sintaxis algo confusa y un léxico digno de dioses, sí, pero reducido; y nuestros buenos clásicos son los grandes arquitectos del idioma y los enriquecedores de todo estilo: padecen congestión de voces, de frases gráficas y escultóricas, de construcciones variadas, de idioma y ciencia de escribirlo, en una palabra.

Esa detenida lectura daría á mi desconocido amigo una amplitud de forma artística, inapreciable; haría afluir á su pluma mil veces para cada concepto, haría más ordenado, más flexible su estilo, y fortificaría hasta *acestrarla*, si preciso fuera, su sintaxis.

Yo ruego al Sr. Casal, valga por lo que valga el ruego, que se lea toda nuestra novela picaresca y muchos poetas del siglo de oro, para hacerse de sedimentos que luego le han de durar toda la vida.

Otra de las cosas que hay que echar en cara á este poeta—(ya estoy febril por qué llegue el momento de elogiarle)—es que tiene demasiado amor á algunas de las típicas palabras de su vocabulario, como *glabastro opalino*, *purpúreo*, *cuervo*, *fosa*, etc., etc., etc., las cuales repite con demasiada frecuencia. Ya sé yó que eso es propio de los artistas más geniales, sobre todo *inmodernos* y que se distinguen por la forma, y se verá que es justa la observación. Lo mismo pudiera decirse de los pintores á favor de determinados matices, de músicos enamorados de motivos idénticos. Pero nunca es



malaño por mucho trigo y entre poseer un léxico reducido, ó un léxico rico y vario, mejor es lo segundo.

Otra observación que tengo que apuntar es la de las sinalefas, pero esto mejor sería quizás cargárselo en cuenta al idioma, y no al brillantísimo poeta americano, ó al modo de oprimir ó de alargar los diptongos en cada país. Si fuéramos á esto, nuestros versos ofrecerán el mismo defecto á nuestros hermanos de América, sólo que en sentido contrario.

La última observación de orden *no artístico*, me queda que hacer al autor cuyos versos doy á conocer á este público. Casal es un alma triste, hastiada, que lleva el contagio del siglo,— del cual pudiera ser síntesis:—no siente el calor benéfico del espíritu humano, y lleva un nimbo de sombra que al considerar la juventud del poeta, no puede por menos de despertar sentimientos de profunda piedad.

Pues bien; si la buena acogida á un libro en que el autor pone toda su alma, si el aplauso tributado á una obra, aplauso franco, entusiasta, sincero, son capaces de llevar á un espíritu algún consuelo, alégrese y vuelva á la vida llena de fe el Sr. Casal, porque su libro ha rodado por manos de muchos de mis amigos, personas de buen gusto, artistas, poetas, etc., y á todos ha arrancado frases de encomio, elogios ardientes, á no pocos, gritos de entusiasmo.

Y como se trata de un poeta que hace versos como aquí no se acostumbra, (dado el corte especial de ellos), mejor que hacer una semblanza crítica de cada poesía, copiaré trozos de las composiciones mismas para que el público las lea y juzgue.

Los endecasílabos ejecutados sobre el «marmol clásico» á que antes aludía, son de este tenor.

Habla Casal de la agonía de Petronio, poesía que dedica al poeta Icaza, y dice:

Tendido en la bañera de alabastro donde serpea el purpurino rastro de la sangre que corre de sus venas, yace Petronio, el bardo decadente, mostrando coronada la ancha frente de rosas, terebintos y azucenas.

Mientras los magistrados le interrogan, sus jóvenes discípulos dialogan ó recitan sus dátilos de oro, y al ver que aquellos en tropel se alejan, ante el maestro ensangrentado, dejan caer las gotas de su amargo lloro.

SALVADOR RUEDA.

(Se concluirá.)

Guatión de delicadeza

Por la calle de la Ruda
y apuntalados los dos
iba Paco el *Soplatripas*
y el Sr. Juan el *Tumbón*,
dos hombres echaos pa lante,
dos barbians de mistó
—Señor Juan—decía el Paco
con aguardentosa voz
—que á un hombre de dinidaz
y decoro como yo
se le diga que su *hembra*
toma varas de uno ó dos
y con el parné que gana
gasto sortija y reló...
que vivo de pan de... ¡vamos!
¡yo vivir de pan... ¡Rediós!
cuando soy un cabayero
en toas partes ¡digo yo!
—Ties razón pa sulfurarte,
pues te faltaron, chavó,
como no se falta á naide
y eso está mal.

—¡Ay, qué Dios!
¡uf! Si estamos en la calle
me lo como, vivo y to.
—¡Como que eres un valiente,
sin que sea adulación!
Por eso me extrañó más
que llevando la razón
te achantarás, *Soplatripas*,
mayormente, sobre tó,
cuando te llamó *cabestro*
tantas veces el Pelón.
—Pus no, que á usté señor Juan,
no le trataron mejor.
—Hombre, á mí...

—Sí, le llamaron
boceras, y borrachón
y otras palabras mayores;
pero, na, usté se achicó.
—Yo me achiqué por prudencia,
¿entiendes. *Sopla?* y por mor
de que estaba en casa ajena...
porque tengo educación
y principios, y distingo,
¿oyes, tú?: pero tú no;
te achicaste por jindama.
—¿Cómo? ¿Por jindama yo?
si güelve usté á repetirlo
le arranco á usté el corazón.
—¿Tú á mí? ¡Puede! ¡Que te cayes!
—¿Lo quie usté ver?

—¿Por qué no?

La calle está solitaria,
escondida está la luna
y la triste luz del gas
de un farol la escena alumbra.
Navaja en mano, feroces,
la mirada cecijunta
dando fuertes resoplidos,
echando su boca espuma.
Dos valientes se amenazan
con *decencia y compostura*;
la rabia asoma á sus labios

y sus pupilas relumbran,
cual las de tigres de Hircania,
cual las de leones de Nubia.
—¡Arza! ¡Venga de ahí, boceras!
dice *El Sopla*.

—¡Tira alguna!

—¡Allá va!

—¡Venga, so maula.

—¿Maula yo? ¡Acércate, trucha,
que te voy á escabechar!

—¡Salga esa sangre de chufas!

En esto llega el sereno
cerca de aquellos dos bravos
que al verle venir suspenden
el duelo aun no comenzado;
y demostrando que son
muy hombres... por los zapatos,
emprenden veloz carrera
como almas que lleva el diablo.

—Señor Ambrosio, dos tintas.
—Dos chicos, señor Ambrosio.
—Va en seguida.

—La verdá
es que la hemos dao de tontos
¡tirar de navaja!; ¡vamos!
¡qué de cosas hace el mosto!
—Y si no llega el sereno
¡pus va estamos hechos polvo!
—¡Si hasta me paece eso un sueño!
—¡Choca, *Soplatripas*

—Choco
Señor Juan, ¡es Vd. un barbíl!
—¡Otros dos chicos, Ambrosio!
—Y ahora, no sé si me atreva...
—¿Qué quieres?

—Nada; que como
sabe Vd. que estoy parao
desde que pasó el otoño
y... vamos, las circunstancias
no son pa ponerse moños,
me dijo, mi *hembra*, la Juana,
que... ¡vamos! no fuera tonto
y si *vía* á usté le pidiera
prestaos, por supuesto, ocho
ó diez duros hasta ver
si este invierno me coloco
en el mataero de cerdos
como Vd. sabe... ¿incomodo?
—¿Por qué?... toma estos dos duros
que llevo sueltos; los otros
dile á la Juana que vaya
mañana, que estaré solo
á mi casa, á eso é las diez,
y se los daré ¡Echa otros
dos medios chicos, volando
que me voy, señor Ambrosio!
¡Adiós *Sopla!* hasta mañana!
—Señor Juan, gracias por todo.
Y se quedó el *Soplatripas*
trincando en la tasca solo
mientras para su capote
razonaba de este modo:

—¿Hay razón para que digan
el Pelón y el Pepe y Morros
que vivo de pan de... ¡vamos!
¡que hay hombres bien caluniosos!

ANTONIO R. LÓPEZ DEL ARCO.

GALERÍA ARTÍSTICA DE EL DÍA DE MODA



—Bauticela V.

(Copia del cuadro de V. Chevillar)

Entre amigos.

— ¡Adiós, simpática Casta!
— ¡Adiós, doña Petra Milo!
Tanto gusto en encontrarla
— El gusto, señora, es mío.
¿Y qué cuenta Vd. de bueno?
— Poca cosa. Ahora recibo

los sábados y los martes,
en lugar de los domingos
que antes mi salón abría,
y espero que con los niños
vaya Vd. alguna noche.
Cantan las de Zarandijo,
y además toca la flauta
un muchacho que es muy listo,
y está al frente de una tienda
de obleas y de barquillos.
— ¿Y su niña no se casa?

—Ahora tiene un arreglito;
 un corredor de garbanzos,
 que creo es un gran partido.
 Le ha regalado un reló,
 un sombrero y un abrigo.
 —Y no sabe Vd. su nombre?
 —Sí, lo sé; D. Agapito.

Mas ¿qué la ocurre á V., Casta?
 —Pues nada, que es mi marido.
 ¡Y todos esos regalos
 me los prometió hace un siglo!

JUAN PÉREZ RODRÍGUEZ

Cantares

Mire usted que es pena,
 y pena muy grande,
 ¡tener dos ojitos para ver el mundo
 y no ver á nadie!

—
 Cuando mojabas tu cuerpo,
 dicen que la mar pensó
 hacer perlas con las gotas
 del agua que te bañó.

En tu pensamiento entré.
 ¡Si estaría aquello oscuro,
 que enseguida tropecé!

—
 Tu madre viste á los muertos,
 tu padre es enterador,
 y tú, engañando, procuras
 que tengan ocupación.

FRANCISCO SERRANO Y RAMOS.



Estamos mejor que queremos
 en Barcelona, respecto á di-
 versiones.

Drama, comedia, zarzue-
 la, *couplets* franceses, cante
 flamenco, circos, toros, re-
 gatas, carreras á la romana
 por Riperts y tramwias, ¿qué

nos falta?

¿Un frontón, verdad? Pues ya se
 está construyendo.

Por más que para exponer cantida-
 des al juego no es por completo nece-
 sario, existiendo tantos sitios destina-
 dos á este objeto.

El Lírico llénase todas las noches
 de selecta concurrencia que acude á
 admirar el ingenio de Sardou, cuya
 obra *Thermidor* alcanza una interpre-
 tación excelente, tanto por parte de la
 señora Tubau, que raya en su papel á
 la altura de siempre, como por la de
 los señores Vallés y Guerra, que es-
 tán en los suyos bastante discretos.

Por cierto que éste último, por ha-
 llarse algo afónico la noche del estreno,
 tenía un miedo á los *morenos*...

Afortunadamente
 la ronquera de un
 buen actor no es cau-
 sa suficiente para
 malograr sus triun-
 fos.

La dirección escé-
 nica es digna de los
 mayores elogios. Bien
 se echa de ver en ella
 que el señor Palencia
 estudia y se fija en
 todo y no pierde un
 minuto.

Por eso precisamente es por lo que
 no se acuerda de que ha sido autor
 y de que *El guardián de la casa*, *La
 charra*, y otras obras le elevaron á con-
 siderable altura. ¡Ingrato!

Pero él se lo pierde, que así no le
 aplaudimos.

Del valor de la obra del gran autor
 francés no hablamos nada.

Hace ya bastantes días que se pone
 en escena y son varios los periódicos
 que han hecho de ella juicio-



críticos, alguno de los cuales es tan temible como el cacareado juicio final.

Y lo mismo diremos refiriéndonos á *Surcouf*, otra traducción francesa que se representa en el *Tivoli* y que lleva á dicho coliseo gran concurrencia.

La ejecución es acertada; hay decoraciones bonitas. Respecto á lo demás... ya lo habrán Vds. visto, pues son pocas las personas que no han acudido al Tivoli estos días.

El *Circo Ecuestre* cuenta este año con una compañía excelente. Cada tres ó cuatro días se verifican allí los debuts de tan notables artistas como los hermanos Cañadas, gimnastas diminutos y ya célebres; las señoritas xilophonistas, los excéntricos Bib y Bob, el clow: Rosco y sus discípulos, uno de los cuales dice *mamá* más claro que algunos chicos de la goma, y otros que hacen las delicias del público.



Asimismo el Circo Español presenta números dignos de aplaudirse; entre otros la bella Zephora, que se sostiene en sus aparatos tan firmemente como Cánovas en el poder; las hércules Sansoni cuyos músculos son de acero y algunos clowns, que hacen desternillar de risa á los espectadores.

Prepáranse novedades en otros teatros.

YOMET.

Picadillo

Una elegante y su camarera:
—¡Josefina!

—¿Señorita?
—No olvides que mañana emprendemos el viaje.
—Está bien.
—Será necesario buscar un guía.
—Entonces, señorita, avisaremos á mi soldado, que sabe ir por todas partes.

A brazo partido un día reñí con mi prima Blasa en un rincón de su casa con tal denuedo y porfia, que me enredé en su refajo y vine al suelo. ¡Animal! Pero yo no me hice mal, porque ella cayó debajo.

JÓSE MORA GAMES.

—Hablé de tú á Baltasar, el cochero de Gaspar, y se enfadó.

—¡Con razón!
¿No sabes que tiene don?
—¿Tiene don?

—El don de errar.
J. RODAO-

En un baile.

—Señorita, me atreveré á suplicarle á V. que...

—Caballero los tengo comprometidos todos.

—Perdone V., señorita, no es eso; es que se ha sentado usted encima de mi sombrero.

—¿Fuiste á los toros, Simón?

—¿No me viste? yo á tí sí.

—Pues yo, Paco, no te ví ni tampoco á Encarnación.

—¡Es lo que tiene que ver!

—¿Donde estabas?

—A tu lado.

¿No me viste colocado encima de tu mujer?

SIMÓN NOSTE.

Imp. de P. Ortega, Aribau, 43.—Teléfono 873.

EL DÍA DE MODA

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

10 CÉNTIMOS NÚMERO EN TODA ESPAÑA 10

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Los pedidos de ejemplares á la Administración: Ronda S. Pablo, 39, 2.º 1.º.—Barcelona.
Corresponsal en Madrid: D. Antonio Fernández, calle Mayor, puesto de periódicos, frente al café de Lisboa.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Series de 10 números... 1 peseta.
Trimestre... 1'25 "



MIL PESETAS

al que presente

Cápsulas de Sándalo

mejores que las del Dr. Pizá, de Barcelona, y que curen más pronto y radicalmente las ENFERMEDADES URINARIAS, sobre todo la blenorragia si va acompañada de hemorragia. Catorce años de éxito; premiadas con medalla de oro en la Exposición Universal de 1888. Únicas aprobadas y recomendadas por las Reales Academias de Medicina de Barcelona y de Mallorca; varias corporaciones científicas y renombrados prácticos diariamente las prescriben, reconociendo ventajas sobre todos sus similares.—Frasco, 14 rs.

LA GOTA Y EL REUMA

SE CURA EN 24 HORAS POR MEDIO DEL

Elixir Antigotoso de Lasserre

En ninguno de los muchísimos casos en que ha sido usado ha dejado de producir el resultado apetecido.

PÍDANSE FOLLETOS

FARMACIA DEL DOCTOR PIZÁ

Plazas del Pino, 6, y Beato Oriol, 1—BARCELONA

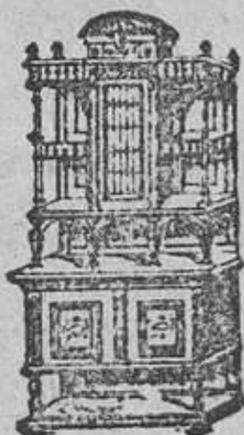
8, PELAYO, 8

LA SUECIA

BARCELONA

(PRÓXIMO A LA UNIVERSIDAD)

No comprar muebles sin visitar antes los que tan resistentes y de última novedad vende esta casa a los más reducidos precios de fábrica, ya que su gran taller, montado a la altura de los más importantes del extranjero, permite recomendar sus productos por su gran baratura, resistencia y esbeltez.



Mobiliarios completos a precios nunca vistos.—Hay especialidad para despachos, fondas, casas torres, etc., etc. incluso tapizados y cortinajes, y las tan celebradas Sillas Suecas.

NADIE SALE SIN COMPRAR

No olvidar el núm. 8 de la calle Pelayo, los que van a casarse.

NO TENER PEREZA EN LLEGARSE A

Barcelona.—**LA SUECIA**—8, Peláyo, 8

(Próximo a la Universidad)

GRAN REMEDIO
de **EFFECTOS RÁPIDOS y SORPRENDENTES**

Purifica la sangre y refuerza á los
debilitados por cualquier
enfermedad ó exceso



REGENERADOR UNIVERSAL

**EL MEJOR
TÓNICO
y
DEPURATIVO**

Cura la Sífilis, Venereo, Herpes, Granos, Erupciones de la piel, y en general las Enfermedades que provienen de la impureza de la sangre ó malos humores.

Da magníficos resultados en la Anemia, Linfatismo, Dispepsia, Gastralgia, y demás Afecciones del Estómago, Hígado, Bilis, en las Nerviosas, Histéricas, Dolores Reumáticos, y en las enfermedades Crónicas y Rebeldes.

DEPOSITARIOS J. URIACH Y C.^ª

MONCADA, 20 — BARCELONA

Se vende en las principales Farmacias

EN MADRID

FARMACIAS: De Garcerá, calle Príncipe; de Moreno Miquel, Arenal, n.º 2; doctor Blas y Manada, Hortaleza, n.º 1; Passapera, Fuencarral, n.º 110.

Se remiten prospectos